

El MINISTERIO

Adventista

NOVIEMBRE · DICIEMBRE DE 1977



GRACIAS, SEÑOR. . .

*Gracias, Señor, por mis brazos perfectos
cuando hay tantos mutilados;
por mis ojos perfectos
cuando hay tantos sin luz;
por mi voz que canta
cuando tantas enmudecen;
por mis manos que trabajan
cuando tantas mendigan.*

*Es maravilloso, Señor,
tener un hogar al cual volver;
hay tanta gente que no tiene dónde ir.*

*Es maravilloso, Señor,
amar, sonreír, soñar;
hay tantos que lloran, que se odian,
que naufragan en temores,
que mueren antes de nacer.*

*Es maravilloso, Señor, sobre todo,
tener tan poco que pedir
¡y tanto que agradecer!*

—Michel Quoíst.

¡ATENCIÓN!

**Rogamos enviar toda correspondencia relativa a EL MINISTERIO
ADVENTISTA a la siguiente dirección:**

**Rubén Pereyra
Caixa Postal 07-1042
70000 Brasilia, Distrito Federal
Brasil.**

EL MINISTERIO

Adventista



AÑO 25 NOVIEMBRE-DICIEMBRE N° 150

Director Gastón Clouzet
 Consejeros Rubén Pereyra
 Carlos E. Aeschlimann
 Redactor Ewaldo Bustos
 Secretaria Noemí Gullón

CONTENIDO

Graclas, Señor	2
DE CORAZON A CORAZON	
Dad graclas por todo	3
EVANGELIZACION	
El Ministerio le hace diez preguntas a un pastor jubilado	5
Biblias abiertas	7
EL PASTOR	
Un auténtico líder religioso	8
Los campamentos MV y la obra pastoral..	12
ARTICULOS GENERALES	
La justificación	14
El don de lenguas en Corinto	20
EL HOGAR DEL PASTOR	
No quedaron sillas vacías	25
NOTICIAS	27

Dad Gracias por Todo

EN EL capítulo cinco de su primera carta a los Tesalonicenses, Pablo los insta a no apagar el Espíritu, a no menospreciar las profecías, a abstenerse de toda especie de mal, a orar sin cesar, a estar siempre gozosos, y a dar gracias por todo. Esta es una mezcla curiosa, aunque no rara: Elementos trascendentales, como apagar el Espíritu, refiriéndose al pecado imperdonable, se incluyen en la misma lista junto a otros, aparentemente sin importancia, como manifestar gozo. Cuando se refiere a la gratitud —cualidad que se considera comúnmente de poca importancia—, dice expresamente: "Porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús". La gratitud, según Pablo, no es sólo una buena costumbre, sino un elemento importantísimo de la vida cristiana y el ministerio.

Pero, ¿dar gracias por qué? La verdad es que, juzgando fríamente, quien al parecer tenía menos motivos para agradecer era Pablo. En su vida debió enfrentar continua oposición y muchas privaciones. Sin embargo, por lo que escribió y la forma en que actuó, reveló que lo embargaba una profunda gratitud.

Estaba agradecido a Cristo, a quien llama "don inefable" (2 Cor. 9: 15). Esa gratitud se debía a que él lo había hecho apto para participar de la herencia de los santos en luz, lo había librado de la potestad de las tinieblas y le había dado entrada en el reino de Cristo, otorgándole redención y el perdón de sus pecados. (Col. 1: 12-14.)

Estaba agradecido por el honor de ser ministro, de formar parte de esa extraña estirpe de hombres que parecían engañadores, eran desconocidos, estaban moribundos y entristecidos, y eran pobres, pero que en realidad eran veraces, muy conocidos, vivían en plenitud, estaban siempre gozosos y lo poseían todo, lo que les permitía enriquecer a otros. (2 Cor. 6: 8-10.) Dice él: "Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo

EL MINISTERIO ADVENTISTA. Revista publicada bimensualmente por la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD
 INTELECTUAL N° 1.348.109

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuentas N° 199
	TARIFA REDUCIDA Cuentas N° 6.766

Jesús nuestro Señor, por que me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio" (1 Tim. 1: 12).

Estaba agradecido por la iglesia, los "hermanos míos amados y deseados", a quienes llama "gozo y corona mía" (Fil. 4: 1); "nuestra gloria y gozo" (1 Tes. 2: 20). Al pensar en la iglesia, dice: "Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás" (2 Tes. 1: 3).

¡Cuántos motivos tenemos nosotros también para agradecer como ministros! Tenemos el mismo maravilloso Cristo Salvador que Pablo tenía, pertenecemos al mismo ministerio sagrado de la reconciliación a que él pertenecía, y somos pastores de un pueblo abnegado y dedicado como no hay otro en la tierra; un pueblo con limitaciones, como las iglesias de Pablo, pero un pueblo extraordinario.

Tenemos, además, otras mil razones para agradecer: "Al abrir vuestros ojos por la mañana, dad gracias a Dios por haberos guardado durante la noche. Dadle gracias por la paz con que llena vuestro corazón. Por la mañana, al mediodía y por la noche, suba vuestro agradecimiento hasta el cielo cual dulce perfume" (*El Ministerio de Curación*, pág. 195).

Y cuánto bien nos hace la gratitud. Un predicador dijo: "No hay sentimiento, aparte del amor, que reporte tantos beneficios al espíritu humano como la gratitud". Elena de White agregó: "Nada tiende más a fomentar la salud del cuerpo y del alma que un espíritu de agradecimiento y alabanza" (*Id.*, pág. 194).

Existen en el mundo dos familias, cada una de las cuales constituye un núcleo indisoluble, pero que son enemigas irreconciliables entre sí. Los miembros de la una son: el amor, la gratitud, el servicio, la consagración, la abnegación, la humildad, la fe, la mansedumbre, el gozo, la paciencia, la cortesía, la lealtad y el espíritu de perdón. El padre de todos ellos es el amor; la madre, es la gratitud. Resulta difícil separar el uno de la otra. Una persona agradecida será cortés y leal; perdonará y tendrá fe, etc.

La otra familia tiene como padre al egoísmo: "El egoísmo es la esencia de la depravación" (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, pág. 27). "El egoísmo es la raíz de todo mal" (*El Evangelismo*, pág. 459). Y aún cuando no sabemos con exactitud quién es la madre, pensamos que podría ser la ingratitud. Sus hijos son la ambición, el odio, la amargura, la crítica, la envidia, etc.

En el ministerio puede confundirse el deseo de progreso y eficiencia —que es una virtud—, con la ambición —que es un defecto—. Creemos no equivocarnos al decir que la diferencia entre ambos radica en la existencia o la ausencia de gratitud. La gratitud mata la ambición.

Un obrero va a una iglesia pequeña y humilde. Se esfuerza, ora, trabaja y se alegra por la oportunidad de servir. Agradece a Dios, a la asociación y a la iglesia por el apoyo y el honor que le han brindado. Es un obrero realizado y feliz, que será llamado a asumir mayores responsabilidades aunque no las busque. Pronto estará en una iglesia mayor; el mismo espíritu lo acompañará allí, y por lo tanto, seguirá disfrutando del ministerio y siendo una bendición por donde vaya.

Pero otro se siente frustrado por la iglesia pequeña que se le ha asignado; aspira a "mayores alturas". No ve razones de agradecimiento. Por lo tanto, su ministerio es para él un calvario: el martirio del desconforme, el sufrimiento del frustrado, la amargura del relegado.

Jonás fue egoísta. Sufrió porque no agradeció el honor de impartir un mensaje tan extraordinario, ni por ser ministro, ni por la maravillosa conversión de Nínive. Su espíritu se secó de amargura, como la calabacera de su choza. El riego de la gratitud faltó en su vida.

La gratitud es también un antídoto contra el odio. "Lo que la vida a la larga nos da, depende de lo que encuentre en nosotros —dijo el Dr. Harry Emmerson Fosdick—. No podré odiar a quien me haga un bien, y finalmente; ¡de todos he recibido algún bien! Por lo tanto, si manifiesto gratitud hacia todos, también recibiré en pago gratitud, servicio y amistad".

La gratitud nos fortalece para enfrentar situaciones difíciles. "Cuando la vida se pone dura, la gratitud la suaviza". Cuando el barco en que Pablo viajaba a Roma estaba a punto de naufragar, la situación era desesperada: "Y no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos" (Hech. 27: 20). Pablo calmó a los 276 pasajeros que durante catorce días y catorce noches habían padecido sin comer. "Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos" (Hech. 27: 35).

Por eso aconseja a la iglesia y a los ministros: "Dad gracias en todo porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús". No habrá dificultad que pueda amargar al agradecido, ni obstáculo que no suavice la gratitud, ni enemigo que



El Ministerio le Hace Diez Preguntas a un Pastor Jubilado

EN EL mundo hay muchos hombres que están descansando después de años y años de trabajo. Nos referimos a los jubilados del ministerio. Al aproximarse el día de la jubilación, el pastor puede asumir una u otra de estas tres actitudes: soñar con su llegada, resignarse cuando llegue y comenzar a descansar, o reconocer que es lo normal, y continuar trabajando para ayudar a terminar la obra. No hay nada de malo en las dos primeras actitudes, cuando se ha trabajado duramente y se han entregado a la obra las mejores energías. Pero queremos manifestar nuestro aprecio a los que quieren continuar luchando hasta el fin, porque creen que vivimos en un momento de la historia cuando no hay tiempo que perder.

Entrevistamos a uno de los valientes soldados de reserva que decidió permanecer en la lucha de todo creyente. Se trata del pastor Oscar dos Reis, que se jubiló a principios del año 1975. Estas son las preguntas que le formulamos:

Rubén Pereyra: ¿Cuántos años de su vida dedicó al ministerio adventista, pastor dos Reis?

Oscar dos Reis: Consagré 37 años a la causa del Señor.

R.P. Durante esos 37 años, ¿qué cargos desempeñó?

O.R. Fui director auxiliar de Publicaciones, instructor bíblico, profesor de Biblia y de portugués, preceptor de colegio, pastor de distrito, evangelista de asociación, director de escuela sabática, actividades laicas y mayordomía, y, durante un período de casi diez años, presidente de asociación.

R.P. Sabemos que después de haberse acogido a los beneficios de la jubilación usted se radicó en Hortolandia, cerca de nuestro colegio, en los alrededores de San Pablo, pero, ¿podría decirnos por qué cambió posteriormente de opinión?

O.R. Después que la división me jubiló, mi esposa y yo fijamos nuestra residencia en Hortolandia. Poco tiempo después fuimos a Río Grande do Sul para visitar a nuestros familiares. Mientras estuvimos allí asistimos a un provechoso curso sobre geriatría que se dictó en la Asamblea Legislativa, y que fue dirigido por rectores de universidades y por médicos de la Asociación Nacional e

no se transforme en amigo con un "¡Gracias!" pronunciado con amor y sinceridad.

El año 1977 se va. Miremos hacia atrás. ¿Qué vemos? Sin duda hubo luchas y problemas, pero también infinitas razones para agradecer: Cristo, el ministerio, la iglesia, las providencias divinas, la protección durante el año, y el hecho de que a pesar de las luchas hemos podido sobrevivir con alegría. Agradezcamos a la iglesia por sus bondades, por sus progresos, por su apoyo, por el cariño que nos ha manifestado. Agradezcamos a la familia por lo que significó para nosotros. "Lo que 1978 a la larga nos

dé, dependerá de lo que encuentre en nosotros". Entremos a él con gratitud. Esta contribuirá a que 1978 nos de felicidad.

¿Tienes motivos de agradecimiento? ¿Has aprendido lecciones, has formado nuevas amistades, has obtenido victorias? ¿Te sientes feliz por conocer a Cristo, por ser ministro, por la iglesia? Agradece a Dios por todo ello; te hará mucho bien. Pero no te olvides de los que, además de Dios, te han ayudado o te han sido de inspiración; agrádeceles también. Hazlo, porque "esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús" para tu vida.—Rubén Pereyra.

Internacional de Geriátría. En ese curso aprendimos que toda persona necesita prepararse psicológicamente para enfrentar el primer año de vida de jubilado, pues en ese momento se presenta el peligro de la inercia.

Gracias al espíritu de profecía y a lo que aprendimos en el curso mencionado, supimos que lo ideal es continuar la vida activa, tratar de aprender el divino arte de envejecer, sentirse feliz, gozar de salud, practicar ejercicios físicos regularmente, seleccionar alimentos apropiados a la edad y, sobre todo, conservar el entusiasmo, es decir, tener a Dios dentro de nosotros. "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2: 20). Inspirados en estos principios, nos hicimos cargo en 1975, en forma voluntaria y sin percibir sueldo adicional, de dos iglesias en Jundiá, San Pablo. Posiblemente a estas horas nos sentiríamos frustrados si hubiéramos permanecido en Hortolandia sin hacer nada. A comienzos de 1976 aceptamos complacidos la invitación de la Asociación Paulista para dirigir el vasto distrito de Piracicaba, donde estamos hasta ahora, procurando hacer, como jubilados, lo mejor posible.

R.P. ¿Puede darnos algunos datos acerca del distrito de Piracicaba?

O.R. Este distrito tiene tres iglesias organizadas y cuatro grupos, con más de mil miembros de escuela sabática.

R.P. ¿Qué actividades desarrolló durante el año 1976?

O.R. Dictamos una serie de conferencias en la sede del distrito. Sin que nadie me acompañara, recolecté más de 30.000 cruzeiros. Tuvimos semanas de reavivamiento en las tres iglesias principales, y naturalmente dirigimos las distintas construcciones que están en marcha en todo nuestro distrito.

R.P. Tenemos entendido que durante mucho tiempo usted fue evangelista. ¿Cuál es el método que, actualmente como pastor, emplea en el distrito que está dirigiendo?

O.R. Considero que todos los métodos de evangelización dan frutos si nos dedicamos a la tarea de todo corazón. Hacemos evangelización personal, empleamos a los miembros de iglesia, ponemos a todos los jóvenes en la línea del frente y damos el mayor apoyo posible a los entusiastas conquistadores que son una fuerza positiva en esta obra, que es amor en acción. Organizamos a los jóvenes para el trabajo. Mediante campañas procuramos proporcionar la recrea-

ción sana que pueda satisfacer las necesidades sociales de la vibrante juventud adventista; preferentemente encomendamos su dirección a los estudiantes universitarios.

R.P. ¿Cuáles fueron los resultados de su trabajo durante el año 1976?

O.R. Aunque nuestro blanco era de ochenta almas, bautizamos 113. Conviene destacar que en las iglesias de Limeira y Piracicaba, donde bautizamos más de cien personas, tanto los adultos como los jóvenes participaron en un esfuerzo mancomunado.

R.P. ¿Tiene algún incidente especial que quisiera compartir con nosotros en relación con su trabajo durante estos últimos años?

O.R. Hace algún tiempo se convirtió en Piracicaba un sacerdote católico que hoy es pastor adventista y se lo conoce con el nombre de "padre Oscar". También se bautizó su hermana, Inés, que por muchos años había sido monja; y en diciembre del año pasado, como fruto del trabajo personal de un laico, bautizamos a otra ex monja que perteneció a la parroquia del "padre Oscar". Hoy, al pasar por la principal calle comercial de Piracicaba, vi en la vidriera de una de las tiendas este curioso letrero: "Desde el 13 en adelante, esta casa permanecerá cerrada desde el viernes de tarde hasta el lunes". Ocorre que los propietarios de este negocio, miembros de la parroquia del "padre Oscar", decidieron aceptar el mensaje y guardar el sábado. Anteriormente ya habíamos bautizado algunos otros miembros de esa congregación.

R.P. ¿Cuáles son sus planes para los últimos meses de 1977 y para 1978?

O.R. Todas las iglesias del distrito sintieron la necesidad de abrir obra en nuevos lugares. La Iglesia Central de Limeira va a construir el tercer templo en un próspero barrio, donde se dictará una serie de conferencias. En Piracicaba también vamos a realizar una entusiasta campaña evangelizadora.

R.P. ¿Por qué no descansa, si ya trabajó, hasta ahora, casi 39 años?

O.R. Cristo vendrá pronto. Las señales son sorprendentes. "La noche viene, cuando nadie puede trabajar". La mayor felicidad es ver almas ganadas por nuestros esfuerzos. "El amor de Cristo nos constriñe".

¿No será éste un desafío tanto para los obreros activos como para los jubilados? =

BIBLIAS

ABIERTAS



EN LA Junta Plenaria de la División Sudamericana, realizada en junio de este año, se votó solicitar a la Sociedad Bíblica del Brasil una edición de 57.000 ejemplares de la Biblia, que contuviera un suplemento con estudios para orientar al lector en el descubrimiento de las verdades bíblicas. El plan será estudiado por las uniones durante las próximas semanas para firmar el contrato definitivo con dicha Sociedad.

Los departamentos de Publicaciones, MV, Actividades Laicas y la Asociación Ministerial, se han unido en una campaña especial para difundir la Biblia. Estas serán distribuidas por los colportores de las tres uniones del Brasil, los MV a través de una gran campaña misionera juvenil, y los laicos, los pastores y evangelistas, durante la gran campaña de primavera 1978. Con ella se espera cosechar, mediante cursos de investigación bíblica, los frutos de esa distribución.

Varias entidades: la División Sudamericana, las tres uniones del Brasil, el Hospital Silvestre de Río de Janeiro y la Compañía de Alimentos de la división financiarán esta edición por medio de préstamos que serán devueltos luego de vendidas las Biblias...

Posteriormente se extenderá esta misma campaña a otras uniones de Sudamérica. ¡Espere noticias!



Un Auténtico Líder Religioso

DR. MARIO VELOSO

LAS actitudes son las verdaderas raíces de las acciones. Aunque aparentemente invisibles, son la causa no sólo de las reacciones simpáticas o antipáticas de las personas con quienes nos relacionamos, sino de algo que es mucho más importante: Del resultado final de nuestra vida entera. Por esta razón, “un ministro del Evangelio no debiera ser indiferente a sus actitudes” (*Testimonies*, tomo 1, pág. 648). Si ese ministro fuera, además, dirigente religioso, tendría que prestar mayor atención a sus actitudes, ya que sus consecuencias serán de mayor alcance que las de un ministro que no lo fuera.

Estudiaremos las actitudes de un dirigente religioso mediante el análisis de la vida de un líder espiritual que aparece en las Sagradas Escrituras. El Libro Sagrado emplea el método de enseñarnos lecciones prácticas, refiriéndose a la vida de los hombres que las aprendieron. Por contraste, también suele referirse a la vida de los que no las aprendieron, con el propósito de que no nos suceda lo mismo. En el caso que estudiaremos se darán las dos situaciones: Una vida triunfante, que pone en evidencia las actitudes acertadas de un verdadero líder; y una vida señalada por la derrota, que revela las actitudes erróneas causantes de dicho fracaso.

El incidente a que me refiero se encuentra en 2 Reyes 5: 15-27. En él se notan con claridad las actitudes opuestas adoptadas por Eliseo y Giezi, ante la misma situación. El relato presenta las *tres actitudes básicas* que conducen al éxito y transforman a un hombre en un verdadero líder religioso, es a saber, el ejercicio de la voluntad sin interés, la permanencia en el terreno de Dios y la generosidad espiritual.

El Dr. Mario Veloso es el director de los MV de la División Sudamericana. Este artículo corresponde a un sermón predicado por él durante la junta de la división el 24 de junio de 1977.

El verdadero dirigente religioso ejerce su voluntad sin interés personal.

Después que Naamán hubo cumplido las condiciones impuestas por el profeta y vio su cuerpo completamente limpio, sintió un reconocimiento tan profundo hacia Dios, que exclamó: “¡He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra sino en Israel!” (2 Rey. 5: 15).

De acuerdo con la *costumbre* de aquellos tiempos, Naamán ofreció a Eliseo un regalo costoso. (*Profetas y Reyes*, págs. 186, 187.) Deseaba demostrar así profundo agradecimiento. Le dijo: “Te ruego que recibas algún presente de tu siervo” (2 Rey. 5: 15).

La palabra que nuestra versión castellana traduce por “presente” es *berakah*, cuyo significado literal es “bendición”. Naamán, al ofrecer la bendición, se transformó en una “*persona de berakah*”, frase que en Proverbios 11: 25 se traduce como “alma generosa”, lo que puede entenderse perfectamente al considerar la actitud de Naamán.

Sin embargo, la idea que implica la expresión “persona de *berakah*” no se refiere tanto al simple acto de dar sino más bien al pleno ejercicio de la voluntad sin interés personal. Esta actitud se revela con toda claridad en la respuesta de Eliseo cuando dijo: “Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré” (2 Rey. 5: 16).

La raíz hebrea *lacaq*, presente en la frase “no lo aceptaré”, no sólo contiene el concepto de rechazamiento; expresa también la idea de que el profeta se basa en un principio que no le permite recibir el presente ofrecido por Naamán, porque la única retribución que puede aceptar el dirigente religioso por sus servicios en favor de los demás proviene de Dios. El sustantivo derivado de la raíz del verbo *lacaq* significa “cautivador”, “discurso persuasivo”, “instrucción”. Como el verbo está conjugado en forma negativa, hay que entender que el profeta no se deja

“cautivar” por el valor material que representa el obsequio de Naamán, porque tiene una “doctrina” superior a la “persuasión” de la riqueza.

Sin embargo, Naamán insistió. El relato bíblico dice que “instaba” al profeta para “que aceptara alguna cosa, pero él no quiso” (2 Rey. 5: 16).

La expresión “no quiso” en hebreo significa “rechazar por decisión de la voluntad”. Lo que decidió la voluntad del profeta no fue el deseo egoísta de posesión material, completamente ajeno a las actitudes de un verdadero líder religioso, porque un ministro enteramente consagrado a Dios “no lucha por honores o riquezas terrenales; su único propósito es hablar a otros del Salvador, que se dio a sí mismo para proporcionar a los seres humanos las riquezas de la vida eterna. Su más alto deseo no es acumular tesoros en este mundo, sino llamar la atención de los indiferentes y desleales a las realidades eternas” (*Obreros Evangélicos*, pág. 354).

La voluntad del verdadero dirigente religioso debe estar sometida a los principios que condicionaron la actitud de Eliseo, es decir, la seguridad de la presencia de Dios en la vida del dirigente, y el conocimiento experimental de la doctrina que da seguridad a las acciones.

En contraste con la actitud de Eliseo, que se describe mediante la forma negativa del verbo *lacaq*, la de Giezi se presenta mediante su forma positiva. Dijo: “Vive Jehová, que correré yo tras él y tomaré de él alguna cosa” (2 Rey. 5: 20). Giezi no prestaba atención a la doctrina ni vivía ante la presencia de Dios. Sencillamente se dejó cautivar por la riqueza. El sentimiento egoísta de la voluntad no sólo se manifiesta en el deseo de poseer bienes materiales; suele expresarse de un modo más sublimado y hasta más aceptable para un dirigente religioso en la búsqueda del éxito personal. Hay una marcada diferencia entre una actitud motivada por el deseo de ver triunfar el Evangelio, y la ambición egoísta que busca el éxito personal. Existe una diferencia tan grande como la que había entre Eliseo y Giezi. El primero se interesaba en la salvación de Naamán; el segundo en el oro de Naamán. Mientras Eliseo se comportaba como un verdadero “hombre de bendición”, Giezi es el símbolo mismo del “hombre de maldición”. El profeta le dijo: “Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre”. Y salió de delante de él “leproso, blanco como la nieve” (2 Rey. 5: 27).

El verdadero dirigente religioso permanece en el terreno de Dios

Naamán le presentó un extraño pedido a Eliseo; le dijo: “Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino a Jehová” (2 Rey. 5: 17). Tanto el pedido de llevar una carga de tierra, como la manifestación de que no serviría a otros dioses, sino solamente a Jehová, indicaban una clara determinación.

En aquella época existía la idea de que cada dios tenía su propia tierra, y sólo se lo podía adorar allí. La conquista de un determinado territorio no sólo se consideraba una nueva posesión de los vencedores, sino además del dios adorado por los conquistadores. En consecuencia, si Naamán iba a adorar al Dios de Israel en Siria, debía llevar una porción de tierra israelita para poder hacerlo. Para nosotros esto puede parecer infantil; pero en aquellos días tenía una enorme importancia. Además, el pedido de Naamán revela su sinceridad religiosa y la profundidad de su decisión de servir solamente a Dios. (Ralph W. Sockeman, “The First Book of King’s Exposition”, *The Interpreter’s Bible*, tomo 3, pág. 213, Abingdon Press, 1954.)

Naamán creía que para servir a Jehová necesitaba mantenerse en permanente contacto con la tierra de Jehová. Eliseo no contradujo esta opinión de Naamán porque comprendió que, aun cuando se trataba de un concepto formal, expresaba la actitud interior de este hombre. Sin embargo, lo que importa no es el formalismo puesto en evidencia por Naamán, sino la actitud espiritual manifestada por el profeta Eliseo con la frase: “Vive Jehová, en cuya presencia estoy” (2 Rey. 5: 16).

Esta frase se basa en la raíz hebrea *amad*. Este verbo significa “estar delante de”, “servir”, “confiar”, “defender”, “sostener”, “tomar firmemente una posición en favor de”, “permanecer”, “persistir”. Eliseo declaró que había tomado una firme posición en favor de Dios y que permanecía en ella. La idea de permanecer junto a Dios por medio de actos que concuerden con lo que corresponde hacer en la presencia de Dios, revela la verdadera actitud que debe caracterizar a un dirigente religioso.

En cambio Giezi, cuyos actos ni siquiera concordaron con la actitud formalista de Naamán, nos ayuda, sin embargo, a comprender lo que significa mantenerse firmemente de parte de Dios y totalmente de acuerdo con sus principios. Analicemos brevemente los actos de Giezi, porque cada

uno de ellos es un ejemplo de discordancia con los principios divinos, y, por lo tanto, de discordancia también con las actitudes y la conducta que deben caracterizar a un verdadero dirigente religioso.

1. *Giezi dio un informe que favorecía sus propósitos*: Alentó un proyecto egoísta. No se preocupó por la salvación de Naamán ni se interesó en defender los principios divinos que sostenía Eliseo. Lo único que deseaba era su éxito personal y el triunfo de su proyecto. Cuando se encontró con Naamán, éste le preguntó: "¿Va todo bien?" (2 Rey. 5: 21); y Giezi respondió: "Bien" (2 Rey. 5: 22).

La palabra hebrea que aparece en la pregunta y en la respuesta es *shalom*, que expresa la idea de perfección y que entre otras muchas acepciones se usa para significar paz y para indicar la existencia de un corazón sin dobles intenciones. (Véase Robert Baker, Girdlestone, *Synonyms of the Old Testament*, pág. 95, W. M. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1897). Al presentar su informe, Giezi pretendía que no tenía dobles intenciones. Desgraciadamente, no era veraz. Le dijo a Naaman que habían llegado dos jóvenes, hijos de los profetas, y que Eliseo necesitaba un talento de plata y dos vestidos nuevos para ellos.

Mediante un informe falso, Giezi logró cumplir sus propósitos. Consiguió más dinero que el que había solicitado. . . . Aparentemente, su proyecto tuvo pleno éxito. El "éxito" suele ser el ingrediente que, según lo cree el mundo, santifica los procedimientos. Pero "el mundo no debe ser nuestro criterio" (*Testimonios para los Ministros*, pág. 463).

Naamán no percibió las intenciones ocultas de Giezi. Pero lo que los hombres no ven Dios lo percibe con nítida claridad. Y el día del juicio llegó para éste más rápidamente de lo que él esperaba. Las ocultas intenciones egoístas que lo indujeron a sacrificar principios, no quedaron ocultas para siempre.

El verdadero dirigente cristiano transita caminos muy distantes de los de Giezi, porque "los que llevan la carga de la administración de la causa de Dios deben ser justos y fieles; deben obrar de acuerdo con principios rectos" (*Obreros Evangélicos*, pág. 467).

2. *Giezi tenía secretos que no quería revelar a su colega*. El relato bíblico dice que los dos criados de Naamán llevaron la plata y los vestidos hasta que llegaron "a un lugar secreto". Entonces él lo tomó de manos de ellos, y lo guardó en la casa; luego

mandó a los hombres que se fuesen" (2 Rey. 5: 24).

La palabra hebrea que se traduce por "lugar secreto" es *ofel*, que significa "colina". La Versión de los Setenta y la Vulgata la traducen como "tinieblas del anochecer" (Norman H. Smith, "The Second Book of King's Exegesis", *The Interpreter's Bible*, tomo 3, pág. 215). El lugar secreto de Giezi pudo haber sido una colina que tal vez se encontraba entre la casa de Eliseo y el lugar donde se encontró con Naamán. La traducción "tinieblas del anochecer" parece ser un error de las versiones citadas; sin embargo, bien podría ser una ilustración de la actitud tenebrosa que asume un dirigente religioso cuando tiene secretos que no comparte con sus compañeros de tareas. Una actitud tal le impide cultivar una verdadera comunión con ellos, indispensable para que cada cual se pueda sentir plenamente integrado a la tarea y a la misión que el Señor encomendó a su iglesia.

En realidad, esta actitud implica sacrificar la personalidad de quienes colaboran con tal dirigente, porque les impone un plan incompleto, sin que ellos conozcan todos los elementos que están en juego y, por lo tanto, los obliga a actuar sin que puedan responsabilizarse plenamente de lo que hacen. Sólo puede haber plena *responsabilidad personal* cuando quien actúa conoce con claridad todos los elementos que están en juego en esa acción.

Esta actitud tiende a forzar *arbitrariamente la voluntad* de los demás. "Aquellos a quienes se pide que revelen los atributos del carácter del Padre, se salen de la plataforma bíblica y con su propio juicio humano inventan reglas y resoluciones para forzar la voluntad de otros. Los proyectos para forzar a los hombres a seguir las prescripciones de otros hombres están instituyendo un orden de cosas que pasa por alto la simpatía y la tierna compasión y ciega los ojos a la misericordia, la justicia y el amor de Dios. La influencia moral y la responsabilidad personal son pisoteadas" (*Testimonios para los Ministros*, pág. 363).

Esta actitud conduce con facilidad a *controlar decididamente el juicio personal* de los colaboradores, lo que está completamente en contra de las instrucciones divinas. "No se adopte ningún plan en ninguna de nuestras instituciones que someta la mente o el talento al control del juicio humano, porque esto no está de acuerdo con el plan de Dios. El Señor ha dado a los hombres talentos de influencia que le pertenecen a él solo, y no puede inferirse un deshonor más grande a Dios que el que los seres

finitos coloquen los talentos de otros hombres bajo su absoluto control, aun cuando los beneficios que se obtengan sean usados para el avance de la causa. En tales casos la mente de un hombre gobierna la mente de otro hombre, y el instrumento humano es separado de Dios, y expuesto a la tentación. Los métodos de Satanás tienden a un solo fin: A hacer que los hombres sean esclavos de los hombres. Y cuando esto se logra, el resultado es confusión y desconfianza, celos y malas sospechas. Semejante procedimiento destruye la fe en Dios y en los principios que deben imperar para eliminar el engaño y toda especie de egoísmo e hipocresía" (*Id.*, págs. 360, 361).

Esta actitud de Giezi, completamente contraria a los propósitos divinos, conduce a otra actitud afín, cuyas consecuencias también son desastrosas: *La idea de que la autoridad con que se ha investido a un dirigente le concede el derecho de ejercer dominio sobre sus hermanos.* En relación con esto existen instrucciones claras de parte de Dios en las siguientes palabras: "El espíritu de dominio se extiende a los presidentes de nuestras asociaciones. Si un hombre confía en sus propias facultades y trata de ejercer dominio sobre sus hermanos, creyendo que está investido de autoridad para hacer de su voluntad el poder dominante, el procedimiento mejor y el único seguro consiste en quitarle el puesto para que no se haga un gran daño y él mismo pierda su propia alma y ponga en peligro el alma de otros. "Todos vosotros sois hermanos". Esta disposición a dominar sobre la heredad de Dios causará una reacción a menos que estos hombres cambien su conducta. Los que ocupan puestos de autoridad deben manifestar el espíritu de Cristo. Deben tratar como él lo haría con cada caso que requiera atención. Deben andar imbuídos del Espíritu Santo. El cargo no engrandece a un hombre ni en una jota o una tilde a la vista de Dios; el Señor sólo valora el carácter" (*Id.*, pág. 362).

3. *Giezi no era veraz.* Cuando Eliseo le preguntó "¿De dónde vienes?", Giezi le respondió: "Tu siervo no ha ido a ninguna parte" (2 Rey. 5: 25). Pero nosotros sabemos perfectamente adónde había ido, cuánto se había apartado de la compañía del verdadero dirigente de Dios, del hombre cuyo supremo interés era la salvación del pecador Naamán, y que actuaba de acuerdo con lo que Dios aprueba, porque su voluntad estaba plenamente dominada por Dios y sus principios. En ese momento, Giezi se encontraba físicamente al lado de Eliseo, pero espiritualmente se hallaba muy lejos de él. Selló con una mentira su separación

de los principios que moldean la conducta de un verdadero dirigente religioso.

La veracidad y la sinceridad son realmente algunas de las virtudes más hermosas de un dirigente espiritual. Nos referimos a la sinceridad del que sabe decir la verdad sin ofender, porque brota de un corazón espiritualmente generoso.

El verdadero dirigente es espiritualmente generoso

Cuando Naamán le explicó a Eliseo que cuando asistiera al templo de Rimón para acompañar al rey no lo haría con el fin de adorar a ese dios sino simplemente para cumplir su deber de funcionario, el profeta no asumió una actitud estrecha ni trató de descubrir debilidades que no existían en la decisión de Naamán. Se limitó a decirle: "Ve en paz" (2 Rey 5: 19).

Es indispensable que esta generosidad espiritual se manifieste en las actitudes de un dirigente religioso, porque hará de él un colaborador de Dios y le permitirá ser eficiente en la atención pastoral de aquellos a quienes tiene que dirigir.

Esta actitud se origina en la compasión y la simpatía, en el amor y la comprensión. "Los ángeles de Dios" están observando para ver quiénes, entre el pueblo de Dios, manifestarán el amor de Jesús.

"Los que comprenden la miseria del pecado y la compasión divina de Cristo en su sacrificio infinito por el hombre caído, tendrán comunión con Cristo. Su corazón rebotará de ternura; la expresión de su rostro y el tono de su voz revelarán simpatía; sus esfuerzos se caracterizarán por ferviente solicitud, amor y energía, y con la ayuda de Dios constituirán un poder capaz de ganar almas para Cristo" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 2, pág. 506).

La generosidad espiritual da como fruto la plena confianza que debe irradiar el dirigente cristiano verdadero.

Conclusión

Al terminar, no queremos referirnos a los defectos de Giezi, ni a las consecuencias desastrosas de su lepra. Quisiéramos hablar más bien, de los rasgos positivos, hermosos, atrayentes, magníficos, del verdadero dirigente religioso. Sus acciones son siempre el resultado de una voluntad desinteresada. No tiene intereses personales, porque su conducta se basa en principios que Dios aprueba, y hace gala de una constante generosidad espiritual que produce tranquilidad en sus dirigidos y los estimula para que progresen espiritualmente. =

Los Campamentos MV y la Obra Pastoral

ALEJANDRO BULLON

HABIAMOS llegado a la última noche del campamento y los jóvenes se preparaban para el descanso. Era una noche tibia que invitaba a la meditación. Sentado junto a los restos de la fogata, pensaba en lo que habría de significar aquella semana en la vida de los acampantes, cuando de improviso me sorprendió la presencia de Pedro.

—Pastor —me dijo—, quiero hablar con usted.

Le pedí que tomara asiento en el viejo tronco rescatado del fuego y me dispuse a escucharlo.

—Pastor —repitió, pero esta vez se le quebró la voz, bajó la vista y comenzó a llorar.

Pedro tenía 17 años y muchas ansias de vivir. Había sido uno de los muchachos más inquietos del campamento, pero aún así no había podido esconder ese aire de tristeza, tal vez de fracaso, que reflejaban sus ojos.

Puse mi brazo sobre sus hombros para reconfortarlo y dejé que llorase.

—Pastor —dijo más calmado al poco rato—, he tratado de hablar con usted durante la semana y no he podido. Me faltó valor. Pero esta noche se acaba el campamento y creo que después será mucho más difícil.

La conversación que siguió luego fue una de las entrevistas pastorales más hermosas que recuerdo. Pedro había sido hasta ese entonces un muchacho que rehuía a cuanto pastor había pretendido acercársele. Hijo de padres adventistas, había crecido en la iglesia y era cristiano por costumbre, pero no había tenido nunca un encuentro personal con Jesús. A los doce años había adquirido el vicio secreto y habían pasado ya cinco años de miserable esclavitud. Sin duda Pedro necesitaba la ayuda de Dios, pero necesitaba también el apoyo de un consejero. Tenía miedo de sus padres, huía de los pastores, evitaba a los mayores. Es decir, trataba de que nadie lo descubriera.

Pero aquella semana de campamento rompió todo convencionalismo. Empezó a ver en el pastor no sólo al clérigo de movimientos solemnes, sino al amigo y conse-

jero que se confundía con él en los juegos, en las caminatas, en las fogatas y en las otras actividades propias de un campamento. Ese fue el comienzo de una nueva experiencia para Pedro.

Han pasado ya varios años de todo aquello y siempre he pensado en cuánto puede ayudar un campamento al ministerio del pastor. A menudo se corre el riesgo de pensar que un campamento es una simple vacación o un picnic prolongado.

“Mis jóvenes necesitan recreación cristiana” pensamos. Y organizamos un campamento. Incluso es posible que haya quienes piensen que un campamento es una distracción del valioso tiempo que como pastores necesitamos para atender nuestro nutrido programa anual. Pero si bien es cierto que los campamentos proveen recreación fortalecedora y vigorizadora tanto para el cuerpo como para la mente, el propósito principal de ellos es enseñar a los jóvenes cómo relacionarse mejor con Dios.

Por otro lado, y eso es lo que pretendo recalcar en estas líneas, ¿qué oportunidad mejor que un campamento para que el pastor pueda conocer a sus jóvenes? Una semana de convivencia con ellos en el campo o en la playa es una ocasión sin igual para realizar la obra personal en forma más efectiva con cada muchacho. Esas horas de descanso después del almuerzo o antes de la cena, o mientras se corta la leña para la fogata de la noche, o durante los grupos de oración después del culto devocional de la mañana, o tal vez en la hora de manualidades, son porciones de tiempo que permiten ir conociendo definitivamente el comportamiento de cada joven. Y en esos momentos de convivencia humana, sin corbata y sin camisa blanca, el corazón del muchacho está siempre listo a abrirse para el diálogo franco. No, una semana de campamento nunca será una semana perdida si el pastor sabe aprovechar cada minuto, cada ocasión, para el trabajo pastoral.

He aquí algunas sugerencias:

1. *Incluya en su programa anual un campamento.* No espere que el director MV del campo local planifique un campamento para su iglesia o distrito. Incluya usted en su plan de trabajo un campamento. Si

El pastor Alejandro Bullón es director MV de la Asociación Peruana Central.

el director puede estar con usted, muy bien; si no, adelante. Pero no olvide que un campamento es parte de su labor pastoral y debería darle un lugar tan importante en su plan de trabajo como a la Recolección, la campaña de Semana Santa o de Mayordomía. ¿Tanto? Efectivamente, y veamos por qué.

2. *Aproveche cada oportunidad para el trabajo personal.* Ahí está el secreto. Su campamento no sólo debe tener el propósito de proveer recreación sana para sus muchachos, sino que debe ser para usted una intensa semana de trabajo pastoral. Aproveche toda oportunidad para el diálogo. Tiene que estar a la expectativa, buscándola. Puede ser que durante la hora libre, mientras todos están en grupos, Roberto esté solitario recostado en el césped; acérquese a él, así, con naturalidad, como si estuviera cansado y también quisiera descansar. Entable el diálogo como al descuido, evitando formalidades. O tal vez a la hora del trabajo usted nota que Juan está luchando por partir un tronco; ayúdele, y entre broma y hachazo vaya iniciando el diálogo. Es asombroso, pero quedará admirado al conocer nuevas facetas del carácter de Juan, que no las hubiera llegado a conocer de otra manera, y que en el futuro le ayudarán a comprenderlo. Generalmente así se llega al corazón de los jóvenes. Algunos de ellos son "jóvenes difíciles", que siempre están causando problemas en la iglesia y que evitan cualquier diálogo con el pastor. Sin embargo, el campamento derriba la barrera, afloja las tensiones propias de la ciudad, y podemos acercarnos a ellos sin que se den cuenta, y más de uno abrirá el corazón sin reservas a su pastor.

Usted como pastor ha sido puesto en su iglesia para apacentar las almas. Gran parte de su tiempo lo emplea en visitas, y a veces nunca llega a relacionarse con cierta clase de jóvenes a quienes sí logra alcanzar en un campamento. Por eso, incluya en su plan de trabajo un campamento y haga de éste no sólo un motivo de recreación, sino un campamento pastoral.

3. *Organice bien su campamento.* Ese es el secreto para que usted pueda realizar obra pastoral durante su transcurso. Forme comisiones, delegue responsabilidades, lleve con usted hermanos que tengan experiencia en el trato con la juventud, que sin duda aceptarán gustosos colaborar con su pastor. Quede libre el mayor tiempo posible y juegue, camine, coma, cante y ría con ellos alrededor de la fogata. Pero no podrá hacer nada de esto si tiene que andar corriendo por las compras, revisando las carpas y buscando leña al mismo tiempo. Por eso debe organizar bien su campamento. Preocúpese de que el programa sea variado y lleno de color y aventura, que sea un campamento memorable; pero nunca olvide que tal vez por hacer demasiado trabajo pastoral, se puede debilitar el programa del campamento. Y si esto llega a suceder, no habremos hecho bien ninguna de las dos cosas.

Ahora bien, querido pastor: Lo desafío a que pruebe. Incluya en su próximo plan de trabajo un campamento MV si no lo ha estado haciendo, y lleve a la práctica algunas de las ideas mencionadas. Verá usted que resultará hermoso, y su ministerio se verá enriquecido por una agradable y positiva experiencia.==





La Justificación

HANS K. LARONDELLE

Texto: Romanos 1: 16, 17; 3: 19-31

ESTOS son los pasajes de las Escrituras que le brindaron finalmente a Lutero una profunda sensación de libertad en su ansiosa búsqueda de la salvación, y fue el grito de batalla del gran movimiento de reforma del siglo XVI. Estos pasajes constituyen, además, la brújula invariable de todo protestantismo bien entendido, y la esencia misma del mensaje de los tres ángeles.

Por medio de estos versículos podemos ver cómo la ley y el Evangelio se diferencian en sus funciones opuestas de requerimiento y don, de condenación y justificación; y sin embargo, están integrados al plan de Dios con un mismo propósito: Para que el hombre pueda caminar nuevamente con Dios como un hijo obediente que confía en la voluntad de su Padre. Pero para confiar en Dios, debemos conocer el Evangelio en forma inteligente, y no de una manera vaga o sentimental.

El gran evangelista Jorge Whitefield le preguntó en cierta ocasión a un minero de Cornualles, Inglaterra, cuáles eran sus creencias religiosas:

—¡Oh —contestó— yo creo lo que cree mi iglesia!

—¿Y qué cree tu iglesia?

—Mi iglesia cree lo que yo creo.

—Pero, ¿qué creen tú y tu iglesia?

—Mi iglesia y yo creemos la misma cosa.

No debemos dar por sentado que los que nos escuchan están familiarizados con el Evangelio y que, por lo tanto, debemos concentrar nuestros esfuerzos en otros asuntos que no sean el Evangelio, para llamar su atención. No se podría cometer mayor equivocación. Elena de White nos dice: "Muchos hay que están en triste ignorancia acerca del plan de salvación; necesitan más

instrucción acerca de este tema de suma importancia que en cuanto a cualquier otro. Los discursos teóricos son esenciales a fin de que la gente pueda ver la cadena de verdad que, eslabón tras eslabón, se une para formar un todo perfecto; pero ningún discurso debe predicarse jamás sin presentar a Cristo, y a él crucificado, como fundamento del Evangelio.

"Cuando no se presenta el don gratuito de la justicia de Cristo, los discursos resultan secos e insípidos; y como resultado, las ovejas y los corderos no son alimentados" (*El Evangelismo*, págs. 339, 340).

Recorramos rápidamente el camino a través del cual Lutero descubrió el Evangelio. Comenzó a estudiar la Biblia en medio de la oscuridad de la Edad Media. Se le pidió que enseñara las Santas Escrituras, y la sed de su alma anhelaba el conocimiento de la verdad.

Antes que Lutero llegara a ser un gran reformador, la palabra de la Biblia que le parecía más terrible e inquietante era el término "justicia". Cuando leía en Romanos 1: 17 "porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe", su alma sensible temblaba al comprender algo de la santidad y la justicia de Dios contrastadas con su propia indignidad. Era el motivo por el cual se sometía a sí mismo a todos los trabajos, disciplinas y buenas obras que la iglesia demandaba. En su mente, el atributo dominante del carácter de Dios era su justicia, que según creía él no toleraría el más mínimo deseo egoísta. Lutero concebía la justicia de Dios sólo en los términos del concepto latino de la palabra: Un significado jurídico, de justicia retributiva o de castigo, muy similar al que tenían los teólogos escolásticos medievales. En otras palabras veía a Dios sólo como juez.

Le resultaba muy difícil comprender a David cuando dice en el Salmo 31: "Líbrame en tu justicia", o en el Salmo 143: "Respóndeme por tu verdad, por tu justicia",

El pastor Hans K. LaRondelle, de nacionalidad holandesa, es profesor de teología en la Universidad Andrews.

puesto que la palabra justicia sonaba en sus oídos solamente en relación con la ira de Dios y el castigo del juicio final.

En su desesperación, estudió el Nuevo Testamento en busca de consuelo: ¿Cuál era el verdadero significado del Evangelio? Abrió el libro de Romanos y leyó: "Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (1: 16).

¡Salvación! Eso era lo que había estado buscando tantos años sin poderlo encontrar. Y ahora Pablo le dice que el Evangelio es poder de Dios para salvación. Lutero estaba asombrado. Deseaba conocer el secreto del Evangelio y ansiosamente siguió leyendo. En el versículo 17 encontró lo siguiente: "Porque la justicia de Dios se revela". Lutero no siguió más; Pablo estaba eliminando la última esperanza que alentaba su corazón. El apóstol le estaba diciendo que incluso el Evangelio es una revelación de la justicia de Dios.

¿Cómo podía Pablo llamar "justicia" al Evangelio? ¿Era éste otra manifestación de la ley? Si lo era, entonces también el Evangelio condenaba al pecador. ¿Acaso la justicia no es el trato distinto que Dios da a cada hombre de acuerdo con lo que merece?

Lutero trató de entender este mensaje estudiándolo en su relación con su contexto. Llegó a Romanos 3: 21: "Pero ahora, *aparte de la ley*, se ha manifestado la justicia de Dios". Súbitamente lo comprendió todo en forma clara. Por la gracia de Dios pudo ver lo que Pablo quería decir: La justicia de la cual hablaba no era la requerida del hombre, sino la que se *ofrece* al que cree en el Evangelio. ¡Era una maravillosa manifestación de la gracia de Dios! El Señor ofrece la justicia de Cristo como si fuera la propia justicia del creyente. Esa es la salvación que revela el Evangelio. Y si Dios justifica al pecador por medio de la justicia de Cristo, quiere decir que la justicia del Evangelio no está constituida por obras, sino que es un don gracias al cual se nos justifica. En ese momento Lutero quedó libre. Podía cantar. Los salmos tenían un nuevo significado para él. Entonces declaró:

"Me pareció que había nacido de nuevo y que estaba entrando al paraíso por sus puertas recién abiertas. De repente la Biblia me comenzó a hablar en forma completamente diferente. La misma frase 'la justicia de Dios' que antes había odiado, llegó a ser para mí la puerta del paraíso. Súbitamente toda la Biblia adquirió para mí un nuevo rostro" (*Luther's Works*, tomo 54, pág. 105).

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1977

La interpretación correcta de Romanos 1: 17, por lo tanto, al penetrar cada vez más profundamente en su alma, finalmente estalló en buenas nuevas para la conciencia atribulada de Lutero.

El descubrimiento de Lutero fue de carácter *exegético*: Le dio un nuevo concepto de Dios; estableció una nueva relación con él, basada no ya en sus virtudes ni en su amor a Dios, sino en la justicia de Dios y en su amor a él. Encontró a Dios no en el moralismo, ni en el racionalismo ni en el misticismo, sino exclusivamente en la comprensión del papel de Cristo en el contexto del mensaje del Evangelio. Desde ese momento, Lutero se glorió en la cruz de Cristo. En ella encontró la inmovible certeza de su salvación. Elaboró una nueva teología, que la iglesia no había conocido desde los tiempos de Pablo: *La teología de la cruz*, en contraste con la teología que se gloria en las habilidades y los éxitos del hombre. La teología de Lutero comenzaba y terminaba con la cruz: "Sólo podemos encontrar a Dios en el sufrimiento y en la cruz" (*Luther's Works*, tomo 31, pág. 23). Y no se la puede captar por medio de los sentidos ni por la contemplación mística, sino solamente por la fe.

La raíz de nuestra justificación

Lutero se aferró firmemente de esta conclusión del mensaje central de Pablo. "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley" (Rom. 3: 28). La palabra "fe" significa aquí *fe en Cristo* como el prometido Cordero de Dios, fe en que la justicia de Cristo es nuestra, y confianza en que la plena suficiencia de sus méritos nos hace aceptos delante de Dios.

Sus méritos *no complementan* los nuestros, sino que son los *únicos* que valen delante de Dios. Este es el principio básico del Evangelio que se aplica no sólo a los no creyentes, sino también a los creyentes. Aun el gran predicador Pablo confesó: "Pero lejos está de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. 6: 14).

Pero, ¿tienen algún valor a la vista de Dios las obras de obediencia a su voluntad, las buenas obras de los creyentes nacidos de nuevo? ¿No se cumplen acaso, con la ayuda del Espíritu Santo? Los frutos del Espíritu de Dios manifestados en nuestras obras y en nuestro carácter, son el resultado lógico de nuestra justificación. Pero nuestra justificación no se basa en ellos. La raíz y la causa de nuestra justificación ante Dios no es *nuestra obediencia*, sino *la obediencia de Cristo*. "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron cons-

15

tituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Rom. 5: 19).

No debemos confundir los frutos con la raíz.

Jesús dijo: ¿Agradece un amo a su siervo porqué hizo lo que le mandó? "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos" (Luc. 17: 10).

Por la misma razón Pablo pregunta: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?" (Luc. 4: 7).

En Romanos 4: 4, 5, Pablo explica claramente la diferencia que existe entre el verdadero y el falso camino de salvación: "Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas el que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia".

Esta es la clave de todo el asunto: No tenemos que obrar para ser justificados. Tenemos que creer en Cristo y confiar en él para lograrlo. En esencia, el Evangelio no es "hazlo", sino "hecho está". No es "obrar", sino "creer".

No necesitamos ser buenos para ser salvos. Tenemos que ser salvos para ser buenos. No somos salvos por la fe y las obras, sino por la fe que obra.

Pablo ilustró el principio de la justificación por la fe en Romanos 4 con dos ejemplos tomados del Antiguo Testamento: Abrahán y David. Nótese, de paso, que el Antiguo Testamento enseña el mismo Evangelio que predicaba Pablo.

El apóstol cita uno de los versículos más conocidos del Antiguo Testamento, es a saber, el de Génesis 15: 6, donde se dice de Abrahán: "Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia".

¡Esto es justificación por la fe! ¡Por fe en el Señor! Es decir, por fe en la promesa del Señor. Cuando cumplió esta condición el Señor justificó a Abrahán, considerándolo justo, según su juicio. Y ese juicio es el que realmente vale: Le da tranquilidad a la conciencia atribulada del hombre. Solamente la decisión de Dios trae paz al alma y gozo al corazón.

El otro ejemplo lo toma de la confesión de David que aparece en el Salmo 32: 1, 2: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien no culpa de iniquidad y en cuyo espíritu no hay engaño".

Pablo interpreta en forma positiva este texto en el cual David habla de la bendi-

ción del hombre perdonado a quien el Señor no imputa iniquidad, y nos dice que "David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras" (Rom. 4: 6). De esta manera el apóstol equipara el perdón del Antiguo Testamento con la justificación por la fe.

Por eso Elena de White declara: "El perdón y la justicia son una y la misma cosa" (*SDA Bible Commentary*, tomo 6, pág. 1070).

Cuán claro resulta entonces que necesitamos diariamente de la justificación, la misma justificación que recibieron los santos del Antiguo Testamento. Mientras ellos esperaban al Cordero de Dios que había de morir; nosotros recordamos al Cordero de Dios que ya fue inmolado. La eficacia de la expiación lograda en la cruz por Cristo ha estado siempre al alcance de todos.

En el Apocalipsis se presenta al ángel de Dios, de pie junto al altar del cielo, con un incensario de oro: "Y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos" (Apoc. 8: 3, 4).

¿Qué significa esto para nosotros? Que aun los frutos del Espíritu —nuestras oraciones, nuestra alabanza, nuestra confesión del pecado—, están tan contaminados por nuestra naturaleza carnal que "a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios" (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 404).

"Ojalá comprendieran todos que toda obediencia, todo arrepentimiento, toda alabanza y todo agradecimiento deben ser colocados sobre el fuego ardiente de la justicia de Cristo. La fragancia de esa justicia asciende como una nube en torno del propiciatorio" (*Ibid.*).

De modo que todos necesitamos una *diaria justificación* mediante la fe en Cristo, no importa que hayamos pecado consciente o inconscientemente. Por eso David elevó la oración que aparece en el Salmo 19: "¿Quién podrá entender sus propios errores? Librame de los que me son ocultos". Confesó la insondable profundidad de su pecaminoso corazón visto a la luz de la ley de Dios, y reconoció delante de él que ni siquiera se conocía plenamente a sí mismo. Acto seguido suplicó se le perdonaran sus faltas ocultas. Pidió la *gracia perdonadora* de Dios, no sólo para la remisión de sus pecados aislados sino para su corazón pecaminoso.

Jeremías se refiere a este aspecto del pecado cuando escribe: "Engañoso es el co-

razón más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá?" ¿Acaso en su providencia no nos coloca el Señor en diferentes situaciones y circunstancias para que podamos descubrir defectos de carácter que desconociamos por completo? Constantemente se nos revelan faltas que ni siquiera suponíamos que existían. (Véase *El Ministerio de Curación*, pág. 373.)

¡Cuánto necesitamos conocer a Dios para conocernos a nosotros mismos! Lo necesitamos a cada hora, a cada instante. Y mientras más lo conocemos, más profunda es la convicción de nuestra necesidad de él y de nuestra dependencia de sus promesas. Eso fue lo que escribió Juan a los creyentes: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1: 8, 9). El verbo limpiar está conjugado en tiempo presente. Cada día necesitamos que nos perdone y nos limpie nuestro gran Sumo Sacerdote que está en los cielos.

¿Qué es la justificación por la fe?

La justificación por la fe en Cristo es, según la definición bíblica, la *imputación* divina de la justicia de Cristo a cada uno de nosotros. Es el arreglo a que llegamos, en el nombre de Cristo, en el pleito que teníamos con Dios. Esta es la lección que nos enseñan los ritos del santuario en el Antiguo Testamento, Isaías 53 y 2 Corintios 5: 21: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".

Debemos tener fe antes de ser justificados, tal como se lo afirma en Gálatas 2: 16: "Nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe en Cristo". La fe no es nuestro salvador ni el medio para lograr la salvación. Es sólo el canal de la salvación. Mediante ella aceptamos a Cristo y hacemos de él nuestro Salvador personal. Recién entonces somos justificados por Dios.

El Señor puso todas nuestras iniquidades sobre Cristo en la cruz. Pero ahora podemos colaborar con el plan de Dios al confesar nuestros pecados con verdadero arrepentimiento y al aceptar a Cristo como nuestra única justicia. Nuestra sincera condenación propia y nuestra aceptación de la santidad de Cristo, es un acto de fe que glorifica a Dios porque lo *justifica*.

David confesó: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu

juicio" (Sal. 51: 4). Lucas también dice que los que fueron bautizados por Juan el Bautista y confesaron sus pecados, "justificaron a Dios" (Luc. 7: 29).

La confesión de nuestras culpas, sellada por medio del bautismo, justifica a Dios, al declararlo justo y sin culpa. Oportunamente toda rodilla se doblará delante del trono del Altísimo para confesar su justicia y su bondad.

No hay otra forma como podamos ser justificados, sino por la fe en Cristo como nuestra única justicia. Esta es la gracia de Dios.

Toda idea de acumular méritos personales delante de Dios, o todo esfuerzo para lograrlo, destruye automáticamente la gracia que implica la cruz de Cristo. Pablo es muy categórico al afirmarlo. En Gálatas 2: 21 nos dice: "No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia (o la justificación), entonces por demás murió Cristo". Pero va más lejos en Gálatas 3: 10: "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo la maldición". En Gálatas 5: 4 leemos: "De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído". Y en Romanos 11: 6 agrega: "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia".

Pablo se refiere aquí a dos maneras diferentes de presentarse delante de Dios, por la gracia, y por las obras de la ley. No pone la ley de Dios en contra de la gracia de Dios. Si lo creyéramos, entenderíamos muy mal a Pablo. Su única antítesis irreconciliable se manifiesta entre la *justicia por las obras de la ley, y la justicia que se obtiene por medio de la gracia*.

Pablo desenmascara aquí el lamentable abuso de la ley de Dios perpetrado por los judaizantes. Dios nunca tuvo el propósito de que la ley sirviera para medir la justicia de Israel. Por el contrario, dio su ley en el marco de la sobrecogedora manifestación de su *santidad*, con el propósito de que Israel, por *contraste*, pudiese percibir la *peccaminosidad* de su propio corazón. (Véase *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 274.)

La ley fue dada para convencer al hombre de pecado, no como el medio para lograr su justificación. Por medio de la condenación que implica la ley, el pecador podía sentir con más apremio la necesidad de un Salvador, lo indispensable que es el Hombre de Nazaret. La ley es el instrumento empleado por el Espíritu Santo para acercarnos a Cristo, para que seamos justificados por fe en él. Por lo tanto, la doctrina de la justificación por la fe exalta la santidad de la ley.

La justificación es la seguridad, la certeza de que somos aceptados por Dios. Nada puede ocupar su lugar. Es el único camino de salvación. No hay otro plan. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento señalan el mismo camino al reino eterno de Dios. Abrahán es el padre de todos los creyentes, tanto judíos como gentiles.

Muchos no ven que en Cristo el Antiguo y el Nuevo Testamento están unidos. Confunden el Antiguo Testamento con el fariseísmo y consideran que ambos términos son sinónimos. Pero hay una diferencia fundamental entre el Antiguo Testamento y el legalismo farisaico: el legalismo no es la obediencia bíblica que sólo se logra por fe.

Para Cristo y sus apóstoles, el Evangelio de la sangre de Jesús no era una religión diferente de la del Antiguo Testamento, sino su ulterior desarrollo. En Romanos 3: 21 Pablo dice claramente que la doctrina de la justificación por fe en Cristo concuerda perfectamente con las enseñanzas del Antiguo Testamento, puesto que afirma que "se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas". Más adelante le dice a Pedro, de acuerdo con Gálatas 2: 15 y 16: "Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley *nadie* será justificado". En última instancia el apóstol recurre otra vez al Antiguo Testamento al citar una de las plegarias más conocidas por el pueblo de Israel, según aparece en el Salmo 143: 2: "Y no entres en juicio con tu siervo; *porque no se justificará delante de ti ningún ser humano*". ¡Qué confesión la de David en representación de todo Israel! Frente a la norma de justicia que Dios empleará en el juicio, ningún ser humano, ningún israelita posee justicia en sí mismo. Este concepto de la naturaleza pecaminosa del hombre a la vista de Dios es uno de los *aspectos fundamentales* de la fe del Antiguo Testamento, que se percibe también en muchos otros pasajes de los escritos hebreos. (Job 14: 4; 15: 14; 25: 4; 1 Rey. 8: 46; Ecl. 7: 20.)

Pero Israel disponía de una puerta abierta para lograr justificación, es a saber, primero el santuario, y más tarde el templo ubicado sobre el Monte de Sion: La morada de Dios. El Médico celestial estaba allí, listo para derramar el bálsamo restaurador sobre cada creyente arrepentido que creyera en el Cordero de Dios.

El sacerdocio levítico fue instituido por Dios, de acuerdo con Levítico 4: 31, para expiar los pecados del creyente por medio de la aspersión de la sangre del sustituto, y entonces "*será perdonado*". Hoy día es Cristo mismo quien nos ofrece este perdón desde el santuario celestial. Cristo nos ofrece perdón divino.

El perdón es la respuesta de Dios a nuestra total condenación. El pecador arrepentido, cuando es justificado, lo está también *delante de la ley* porque se halla en Cristo. "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Rom. 8: 1).

Por lo tanto, el perdón de Dios nunca es una justificación parcial, sino total. Eso es precisamente lo que la conciencia atribulada necesita saber constantemente. Cada día cometemos nuevos pecados —debido a nuestra naturaleza carnal— que amenazan destruir nuestra felicidad y nuestra seguridad en Cristo. Muchas personas están física y mentalmente enfermas por albergar sentimientos de culpabilidad y porque continuamente se están reprochando sus pecados. El director del instituto psiquiátrico más importante de Londres dijo recientemente: "Si la gente que está aquí pudiera creer en el perdón, mañana podría dar de alta a la mitad de ellos". Eso es, precisamente lo que hace Jesús, según se afirma en Lucas 18. Dejó maltrecha la justicia propia de los judíos cuando contó la historia del fariseo y el publicano que fueron a orar al templo. El fariseo estaba muy agradecido a Dios por lo que no había hecho y se jactaba de su elevada moral y su temperancia. Pero del inmoral publicano, que con vergüenza confesaba sus pecados a Dios, Jesús afirmó: "Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro" (Luc. 18: 14).

Esto desagradó a los judíos por dos razones: Primero, no fue aceptado el hombre religioso y pio, sino el despreciado pecador; segundo, el publicano no fue justificado en el juicio final sino allí mismo y en ese momento. ¡Sorprendentes noticias!

Recibir *ahora mismo* la justificación es la necesidad del hombre, lo único que puede calmar su profunda sed de justicia, el único bálsamo que puede sanar su alma. Y toda alma lo necesita. Por eso Cristo está atrayendo a sí mismo a todos los hombres. Tiene derecho a perdonar nuestros pecados mediante la imputación de su propia justicia, y a sanarnos por medio de sus heridas.

La justificación es remedio para el alma

La justificación por la fe en Cristo es el *bálsamo* sanador del alma. Pero debe ser una fe personal en un Salvador personal que descanse en los méritos de la sangre de Cristo.

Quien presente a Dios al Salvador crucificado y resucitado como su único mérito, nunca será rechazado. Jesús prometió: "Al que a mí viene no le echo fuera" (Juan 6: 37). Jesús sabe quién se le acerca con el toque de una fe personal. Cuando las multitudes se apiñaban en torno del Maestro, una pobre mujer que durante doce años había sufrido de hemorragia y había sido desahuciada por los médicos, avanzó mientras se decía: "Si tocare tan solamente su manto, seré salva". En cuanto lo tocó, sintió que estaba sana. En ese toque concentró toda su fe en Cristo. El Señor distinguió el toque de fe del toque indiferente de la multitud descuidada. Debido a que ella lo tocó con un profundo anhelo, Cristo la sanó diciendo: "Hija, tu fe te ha hecho salva" (Mar. 5: 34).

Por medio de este incidente podemos ver cómo obra la fe, no en teoría, sino en realidad. Cristo sintió "en sí mismo el poder que había salido de él" (vers. 30) por el toque personal de la fe. En el ámbito espiritual también hay diferencia entre el toque indiferente de una opinión acerca de Jesús, y la fe que lo recibe como Salvador personal. Elena de White lo dice claramente cuando afirma: "La fe que salva es una transacción por la cual los que reciben a Cristo se unen en un pacto con Dios" (*El Ministerio de Curación*, pág. 40). Esta es la fe viva, la fe que justifica, que sana, que obra, que vence al mundo.

¿Tenemos esta fe?

¡Oh, cuánto necesitamos orar fervientemente: "Ven, Señor, ayuda a mi incredulidad"! ¡Cuánto necesitan nuestras almas estar más unidas a él!

Jesús sanará a las almas enfermas de pecado de los desesperados si las llevamos a él con fe. El paralítico de Capernaum anhelaba ver a Cristo y recibir la seguridad del perdón de sus pecados de labios de Jesús. Sus amigos lo llevaron hasta el Maestro que estaba enseñando en casa de Pedro. Al no poder entrar, abrieron un boquete en el techo y bajaron al enfermo hasta los pies de Cristo. "Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados*" (Mar. 2: 5). ¡Qué efecto tuvieron sobre él las palabras de Cristo! Leamos: "La carga de culpa se desprende

del alma del enfermo. Ya no puede dudar. Las palabras de Cristo manifiestan su poder para leer en el corazón. ¿Quién puede negar su poder de perdonar los pecados? La esperanza sucede a la desesperación y el gozo a la tristeza deprimente. Ya desapareció el dolor físico, y todo el ser del enfermo está transformado" (*Id.*, pág. 51).

Los fariseos no aceptaban que Jesús tuviera poder de perdonar pecados. Por eso Jesús sanó la enfermedad de ese paralítico, hecho que no podían negar. "Se necesitaba nada menos que poder creador para devolver la salud a ese cuerpo decaído. . . La curación del cuerpo era prueba evidente del poder que había renovado el corazón" (*Id.*, págs. 51, 52). Cristo le pidió al paralítico que se levantara, que tomara su lecho y que caminara, "para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados" (Mar. 2: 10).

Cristo estableció las prioridades correctas en las necesidades de ese hombre. Necesitamos la salud del alma antes que podamos apreciar la salud del cuerpo. Para miles de personas la culpabilidad es la fuente de sus dolencias. Sólo podrán sanar si acuden al Médico del alma. Para poder sanar su enfermedad física Cristo debe curarlos con el bálsamo de su perdón. Por eso anhelan inconscientemente este mensaje: "Tus pecados te son perdonados". No debemos pasar por alto esta lección.

La justificación del pecador implica más que una mera transacción legal. Veamos qué significa el perdón por medio de la parábola del hijo pródigo, que aparece en Lucas 15.

Cuando el hijo pródigo regresó al hogar avergonzado y arrepentido, con la idea de que se le diera el último lugar entre los sirvientes de su padre para obtener alimento, el padre, conmovido, lo vio venir, corrió hacia él, lo besó y no lo dejó terminar la confesión de sus pecados. En cambio, el padre le dijo a sus siervos: "Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned anillo en su mano, y calzadlo en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado" (Luc. 15: 22-24).

Aquí vemos lo que Dios quiere decir cuando habla de perdón: *Plena restauración de la condición de Hijo de Dios, y de la comunión con él*. Hay gozo en el cielo cada vez que confesamos sinceramente nuestros pecados, y aceptamos la justicia de Cristo. Y el gozo del cielo se complementa con la música que llena el alma del pecador justificado.=

El Don de Lenguas en Corinto

(Continuación)

JUAN ZURCHER

EN EL capítulo 14 de la primera epístola a los corintios, Pablo encara realmente el problema del "don de lenguas" tal como se presentaba en la Iglesia de Corinto. Como ya lo hemos dicho, nadie conocerá jamás con certeza todos los antecedentes del problema. Los corintios, en cambio, sabían perfectamente de qué se trataba; cada expresión, cada detalle, correspondían, para ellos, con hechos conocidos. Sin embargo, aunque nuestra comprensión del problema sea fragmentaria, y nuestra explicación contenga algunas conjeturas, las conclusiones prácticas del apóstol no dejan lugar a dudas.

Desde el mismo comienzo Pablo presenta claramente su intención de invitar a sus lectores a buscar el don supremo del Espíritu: El don de profecía (vers. 39). Esta invitación está presente en todo el capítulo y se repite en la conclusión: "Así que, hermanos, procurad profetizar" (vers. 39). Las razones son múltiples, y Pablo no deja de indicarnos, en oposición al "hablar en lengua" de ciertos corintios. Pero antes de considerarlas aquí, conviene definir primero qué se entiende por "hablar en lenguas" en este pasaje.

Dos maneras de hablar en lenguas

Como ya lo hemos dicho, algunos piensan que se trata únicamente de lenguas extranjeras; por el contrario, numerosos traductores opinan que hay que entender que se trata de lenguas habladas en estado de éxtasis. ¿Quiénes tienen razón? En esto consiste todo el problema. Por un lado, nos parece inconcebible que Pablo y Lucas hayan empleado en un sentido diferente las mismas expresiones para referirse al mismo don y a la misma manifestación del Espíritu de Dios. Pero, por otro lado, en el capítulo 14 parecería igualmente claro que el "hablar en lengua" de los corintios contrasta con el del Pentecostés. En Jerusalén, los discípulos hablaban las lenguas de sus oyentes, y todos oían hablar de "las maravillas de Dios" en sus propios idiomas. En Corinto, por el contrario, al "que habla en lenguas. . . nadie le entiende", porque "por el Espíritu habla misterios"; no le habla a

los demás, sino que habla "para sí mismo y para Dios" (vers. 2, 28). ¿Cómo se explican, entonces, esta similitud y esta diferencia? ¿Habrá un detalle que permita establecerla?

Al leer el texto en el original griego, no deja de llamar la atención el empleo alternado y suficientemente definido, a nuestro entender, de las expresiones "hablar en lengua", en singular (vers. 2-4, 7-17, 26-36), y "hablar en lenguas", en plural (vers. 5, 6, 18-25, 39.) Es cierto que los traductores no siempre han respetado esta diferencia ortográfica; en la versión Reina-Valera revisada, por ejemplo, han puesto en plural la expresión que está en singular, en el original, en el versículo 2. En la misma versión, como también en otras, los traductores han creído oportuno subrayar en algunos casos la diferencia, agregando un adjetivo a la expresión en singular: "lengua extraña" (vers. 4, 13, 27), "lengua desconocida" (vers. 14, 19).

La diferencia puede parecer insignificante, pero el análisis del texto la destaca. En primer lugar cabe señalar que mientras la expresión "hablar en lengua" en singular, está siempre seguida por observaciones negativas o restrictivas; la frase "hablar en lenguas", en plural, aparece generalmente bajo un aspecto positivo. "Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas" (vers. 5, pp). "Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros" (Vers. 18). De ahí que llegue a la conclusión: "No impidáis el hablar en lenguas" (Vers. 39). Como la expresión en plural corresponde exactamente a la que se emplea en 1 Corintios 12: 30; Hechos 10: 46 y 19: 6, para referirse al don de hablar en idiomas extranjeros, y puesto que ese don es esencial para predicar el Evangelio a los incrédulos (14: 22), estas restricciones de Pablo acerca de su uso en la iglesia son fácilmente comprensibles. En efecto, pregunta el apóstol, "si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovechará?" (Vers. 6). "En la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua" (vers. 19).

Una diferencia fundamental

Los versículos 18 y 19, precisamente, señalan con fuerza la diferencia que existe entre el "hablar en lenguas" en plural, por lo que Pablo da gracias a Dios, y el "hablar en lengua", en singular, en la cual "diez mil palabras" no valen ni "cinco" del otro idioma.

El exégeta alemán Walter Bauer, en su *Wörterbuch zum Neuen Testament*, observa acerca de este pasaje que para Pablo no se trata tanto de subrayar una relación de cantidad, sino de calidad. Según él, el adverbio *mallon* (traducido "más" en el vers. 18), indica más bien que el apóstol le da gracias a Dios de que su "hablar en lenguas" es superior al "hablar en lengua" de los corintios. (Véase Fil. 1: 9, 12; 3: 4.) Es precisamente lo que quiere demostrar la comparación del versículo 19: "Cinco palabras" de Pablo valen "más" que "diez mil palabras en lengua". Y eso, por dos razones fundamentales: El "hablar en lenguas" de Pablo apela al entendimiento y tiene como fin instruir a los demás, cosa que precisamente no hace el "hablar en lengua" de los corintios.

Para que una lengua sea lengua

En efecto, si el "hablar en lenguas" (plural) no puede esencialmente hacerse sino con el concurso del entendimiento, la característica del "hablar en lengua" (singular) parece ser que no exige comprensión. (Vers. 14.) No solamente al "que habla en lenguas. . . nadie le entiende, aunque. . . habla misterios" (vers. 2), sino que él mismo no sabe lo que dice, porque su "entendimiento queda sin fruto" (vers. 14). Es cierto que Pablo respeta la disposición espiritual de quien ora "en lengua" y canta "con el espíritu", sin el concurso de la inteligencia. Pero en lo que a él respecta, quiere orar, cantar y hablar a la vez "con el espíritu, pero. . . también con el entendimiento" (vers. 15). Así, al subrayar cuatro veces la importancia del entendimiento en los versículos 14 a 19, Pablo establece con claridad, a nuestro entender, la diferencia radical que existe entre el "hablar en lenguas", don del Espíritu tendiente a una comunicación inteligible del mensaje de Dios a los hombres que hablan otros idiomas, y el "hablar en lengua" de los corintios, constituido por un flujo de palabras misteriosas e inteligibles, que no edifican a nadie, y a las cuales nadie puede contestar con un amén, porque no sabe lo que se ha dicho. (Vers. 16.)

Ya en los versículos 7 al 12 Pablo había subrayado otras dos cualidades indispensa-

bles para que una lengua sea realmente inteligible, cualidades que parecen asimismo haber estado ausentes del "hablar en lengua" de los corintios: la claridad de los sonidos y el sentido preciso de las sílabas y las palabras. En efecto, como ya se ha dicho, la articulación de las palabras y las sílabas constituye la esencia de las lenguas humanas. Por eso Pablo, valiéndose del ejemplo de ciertos instrumentos musicales, pregunta: "Si no dieran distinción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se toca con la flauta o con la cítara? Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire" (vers. 7-9).

Asimismo, para que una lengua lo sea verdaderamente, no basta multiplicar los sonidos y las sílabas, sino que es necesario, además, que éstos tengan un significado definido tanto para el que habla como para el que escucha. Intentemos una traducción de los versículos 10 y 11: "Por más numerosos que puedan ser en el mundo los diversos sonidos [*foné*, en contraste con *gloossa* lengua], ninguno de ellos es inarticulado [*afoné*, sin voz, mudo]; pues si yo no conozco el valor del sonido [*foné*], seré de lengua distinta para el que habla, y él será de lengua distinta para mí". En otras palabras, la articulación clara de las sílabas y el conocimiento de las palabras empleadas, son para Pablo indispensables para que una lengua sea inteligible y constituya un medio de comunicación. ¿Para qué serviría el don de lenguas si no constituyera precisamente un instrumento milagroso para comunicar el Evangelio a los hombres de otras lenguas, en una circunstancia extraordinaria, como el Pentecostés? Y como en aquella ocasión, este don no tiene sentido sino en la medida en que contribuya a la "edificación de la iglesia" (vers. 12). Ha sido dado "para el provecho de todos" (1 Cor. 12: 7, VM), como los otros dones del Espíritu.

Edificación, orden y decoro

Ahora bien, precisamente el que habla "en lengua", "no habla a los hombres" (1 Cor. 14: 2). Habla para sí mismo (vers. 28), y como resultado "el otro no es edificado" (vers. 17). "El que habla en lengua. . . a sí mismo se edifica" (vers. 4). No puede satisfacer, pues, el requerimiento fundamental enunciado y repetido a lo largo de estos capítulos, es a saber, que debe hacerse "todo para edificación" (vers. 26). Tras repetir por última vez este concepto, Pablo llega a estas conclusiones: En caso

de que algunos hablen en lengua, (1) que no sean más de dos o tres los que lo hagan, (2) que cada uno lo haga por turno, (3) que haya quien interprete, (4) "si no hay intérprete, calle en la iglesia" (vers. 27, 28). Todas estas restricciones y órdenes tenían el propósito de eliminar, muy caritativamente y en forma paulatina, los resabios que quedaban todavía en la Iglesia de Corinto de las costumbres paganas y de cierto "hablar en lengua" propio de la glosolalia de los adoradores de ídolos, evocados por Pablo en su introducción. (1 Cor. 12: 2.)

En cuanto a las mujeres, de las cuales se habla particularmente en los versículos 34 y 35, se sabe el papel predominante que desempeñaban en los cultos paganos, debido a su predisposición por este tipo de manifestaciones. Por eso Pablo no les hace la menor concesión: "Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar. . . porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación". Se entiende, en el contexto del capítulo 14, que se trata de "hablar en lengua", puesto que antes el apóstol le había reconocido a la mujer el derecho de hablar en público y profetizar (1 Cor. 11: 5), es decir, de hablar a los fieles en la asamblea "para edificación, exhortación y consolación" (1 Cor. 14: 3), que eso es lo que significa profetizar, en este caso. Así podemos percibir la diferencia que Pablo establece entre el "hablar en lengua", cuyas manifestaciones en la Iglesia de Corinto trata de limitar, y el "hablar en lenguas" que se complace en recomendar a todos, asociándolo muy íntimamente con el don de profecía, el don por excelencia. (Rom. 12: 6.) "Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis" (1 Cor. 14: 5).

La profecía como término de comparación

Hay un último aspecto que, más que todo lo que acabamos de demostrar, justifica la distinción que creemos poder establecer entre el verdadero don de lenguas y su falsificación. Cuando Pablo compara el "hablar en lengua" de los corintios, con la profecía, siempre contrapone ambas cosas. "El que habla en lengua no habla a los hombres"; por el contrario, "el que profetiza habla a los hombres". El primero, "a sí mismo se edifica", el segundo "edifica a la iglesia" (vers. 2-4). "Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas" (vers. 32), es decir, los profetas saben lo que dicen y lo que hacen, mientras que los que "hablan en lengua" hablan todos al mismo tiempo, en forma desordenada y

sin comprender lo que dicen. Ahora bien, "Dios no es Dios de confusión, sino de paz" (vers. 33). De ahí sus conclusiones no menos radicales: "Si no hay intérprete" para el que habla en lengua, éste "calle en la iglesia" (vers. 28), y por el contrario, "procurad profetizar" (vers. 39), y "sobre todo que profeticéis" (vers. 1).

Completamente diferentes son las comparaciones que hace entre el don de lenguas (plural) y el don de profecía. Lejos de contraponerlos sistemáticamente, Pablo establece la estrecha relación que existe entre ellos. Ciertamente, "mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas" (vers. 5). Eso se advierte en la lista de los diversos dones que encontramos en el capítulo 12. Pero si hay traducción, el que habla en lenguas extranjeras se equipara con el profeta, porque tanto por medio del primero como por medio del segundo la iglesia resulta edificada. (Vers. 5.) El libro de los Hechos también subraya la estrecha relación que existe entre el don de lenguas y el de profecía. Están, en efecto, tan íntimamente unidos, que son inseparables; Lucas los menciona siempre juntos. Según la explicación de Pedro del milagro del Pentecostés, el don de lenguas y el de profecía aparecen prácticamente como si fueran una y la misma cosa: "Estos no están ebrios, como vosotros suponéis. . . Más esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días. . . vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán" (Hech. 2: 15-17). Con cierto matiz de diferencia, Pablo dirá que el don de lenguas es para el mundo lo que la profecía es para la iglesia: "Las lenguas. . . son por señal. . . a los incrédulos", mientras que "la profecía. . . a los creyentes" (1 Cor. 14: 22). Gracias al don de lenguas se puede predicar el Evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Gracias al don de profecía, Dios habla al creyente para edificarlo, exhortarlo y consolarlo (vers. 3); por este don "los secretos de su corazón son hechos manifiestos: y así, cayendo sobre su rostro, adorará a Dios, declarando que Dios en verdad está en medio de vosotros" (vers. 25, VM). Por eso, lejos de decirles a los que hablan en lenguas extranjeras que se callen, Pablo concluye este capítulo diciendo: "Procurad profetizar, y no impedáis el hablar lenguas". A lo cual agrega esta singular advertencia: "Mas háganse todas las cosas decorosamente y con orden" (vers. 39, VM).

El "hablar en lengua" de los corintios

Como vemos, realmente existe una diferencia entre el "hablar en lenguas" tal como se practicó en el Pentecostés, y el "ha-

blar en lengua" de los corintios. Este último tiene todas las características de la glosolalia, del hablar en estado de éxtasis, tal como se manifiesta en nuestros días en los medios carismáticos, y tal como se manifestaba antaño en los cultos paganos de Grecia. Al tratar de explicar la fórmula abreviada "hablar en lengua" (singular), Jean Héring hace esta interesante observación: "Ya en el mundo helenístico, la palabra *gloossa* (lengua) se había convertido en un término técnico para designar un idioma arcaico, utilizado generalmente en el culto, incluso incomprensible, a veces, como el de la pitonisa de Delfos". En apoyo de esta declaración cita en seguida a numerosos autores griegos clásicos. (*Commentaire du Nouveau Testament*, tomo 7, pág. 111. Delachaux et Nestlé, 1959). Pablo mismo sugiere esta relación (entre la "lengua" de los corintios y la *gloossa* de los paganos) cuando escribe, en la introducción al problema que implicaban los "inspirados" de Corinto: "Sabéis que cuando erais gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos" (1 Cor. 12: 2). Además, ¿no llega incluso (en el vers. 3) a recordar ciertas maneras de hablar que no pueden ser el fruto de la obra del Espíritu de Dios?

Por consiguiente, podemos preguntarnos por qué Pablo no condenó radicalmente esta forma pagana de adoración. Como ya hemos explicado, atribuyó desde el principio esas costumbres a la ignorancia (12: 1) de los que todavía las practicaban. A continuación, para respetar la sinceridad de los que actuaban de esa manera, les aplicó los principios de ese amor que presenta en el capítulo 13: "El amor es sufrido, es benigno. . . Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (vers. 4, 7). Pablo sabía que entre los griegos el hablar en éxtasis era la forma más excelsa de comunión con la divinidad. De modo que no condenó por sí misma esta forma de comunión con Dios. Pablo reconocía que "el que habla en lengua no habla a los hombres, sino a Dios" (1 Cor. 14: 2), que habla "para sí mismo y para Dios" (vers. 28), que ciertamente rinde "acción de gracias" (vers. 4, 16). Por eso Pablo se esforzó por demostrar a los corintios que hay otra manera de "hablar en lenguas", cualitativamente superior, y que en lugar de ser un idioma para hablar consigo mismo y con Dios, lo es para comunicarse con los demás de parte de Dios. Y cuando se manifiesta de esa manera, el don de lenguas se convierte en don de profecía. "Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis" (vers. 5).

Procurad el don de profecía

Para comprender la insistencia de Pablo en favor del don de profecía en oposición al "hablar en lengua" de los corintios, debemos ubicarnos en el contexto religioso de la época. En efecto, nos encontramos aquí en presencia de dos tipos de religión, y por consiguiente, de dos fuentes de inspiración (1 Cor. 12: 2, 3): el tipo profético y el tipo místico. Ahora bien, la profecía es para el culto del verdadero Dios lo que el hablar en éxtasis era para el culto de las divinidades paganas. Por medio de la profecía Dios habla a los hombres, y el Evangelio se difunde por el mundo, la iglesia se edifica y los hombres son conducidos a la adoración del verdadero Dios. (1 Cor. 14: 24, 25.)

El misticismo de las religiones griegas, a diferencia del profetismo judeo-cristiano, culmina en el hablar en éxtasis. Ahora bien, como consecuencia de sus costumbres antiguas y su ignorancia espiritual, el error principal de los "inspirados" de Corinto consistía en creer que la acción del Espíritu es tanto más evidente cuando él adorador se encuentra en estado de éxtasis; que la comunión es tanto más perfecta cuando más se pierde el dominio de sí mismo como resultado de una especie de divorcio entre el espíritu y el entendimiento, divorcio al cual Pablo, con justicia, se opone. (Vers. 14-19.) Esta idea acerca de los corintios concuerda con lo que sabemos de las creencias comunes de los griegos. Platón explica muy bien en su *Timeo* que ninguna persona en plena posesión de sus sentidos puede conocer la inspiración divina y verdadera. Según este concepto del *enthousiasmos* (inspiración), el inspirado es un instrumento puramente pasivo e inconsciente. A lo que Pablo no puede dejar de oponer el ejemplo del profeta que, aunque se encuentre sometido a la influencia del Espíritu de Dios, actúa y habla bajo el dominio de su inteligencia, perfectamente dueño de sí mismo. Porque, precisa Pablo, "los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas" (14: 32).

Contra ese misticismo todavía muy activo en la Iglesia de Corinto, dirige Pablo sus observaciones y sus consejos. Lo hace con un tacto exquisito, pero también con una firmeza inconfundible: "Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor. Mas el que ignora, ignore" (vers. 37, 38), o, según otras traducciones, "el que quiere ser ignorante, sea él mismo ignorado". Puesto que no reconoce lo que viene de Dios, que nadie le reconozca su pretendida

inspiración. Pablo quiere defender la iglesia de la invasión de las costumbres paganas. En los capítulos precedentes había hecho lo mismo en relación con otras cosas; aquí lo hace contra cierta forma de "hablar en lengua" propia del misticismo de las religiones paganas, en beneficio del verdadero don de lenguas, y sobre todo en favor del don de profecía, que es la señal por excelencia de la religión del verdadero Dios.

Una cosa es cierta

Esta es la esencia de lo que el apóstol Pablo creyó necesario escribir a los corintios con respecto al don de lenguas y el de profecía, en oposición, creemos, a los resabios paganos del hablar en estado de éxtasis de las religiones místicas de la antigua Grecia. Naturalmente, puede discutirse hasta el infinito acerca de este texto, pero sea cual fuere la interpretación adoptada en cuanto al problema debatido, una cosa es cierta: el sentido práctico que aplica el apóstol para tratar de solucionar este problema en la iglesia. Sólo traicionando las intenciones del apóstol alguien puede invocar el contenido del capítulo 14 de 1 Corintios para justificar el "hablar en lengua", tal como se practicaba en la Iglesia de Corinto, ya sea que se trate de lenguas extranjeras o de lenguas habladas en esta-

do de éxtasis. Desde el momento en que el hablar en lenguas, sea lo que fuere, no contribuye a la edificación de los demás y de la iglesia, no puede ser un don del Espíritu, porque éste siempre se manifiesta "para el bien común" (1 Cor. 12: 7, Versión Ecuménica) o "para el provecho de todos" (VM).

Según este principio fundamental, enunciado en diferentes ocasiones y repetido con fuerza como un principio rector de la vida cristiana, Pablo se empeña en corregir, limitar y hasta eliminar todo lo que no sea conforme a la verdad, el orden, el decoro y la paz de la iglesia. Pero al mismo tiempo el apóstol propone, con no menos insistencia, el único don del Espíritu por medio del cual los seres humanos pueden realmente hablar a los otros hombres de parte de Dios para anunciarles el Evangelio eterno, a fin de que sus corazones se vuelvan a Dios, es a saber, el don de la profecía, en el sentido claramente definido aquí. (1 Cor. 14: 4.) "Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (Apoc. 19: 10).

"Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar. . . sino. . . maduros en el modo de pensar" (1 Cor. 14: 20). "El mundo no se convertirá por el don de lenguas o por la operación de milagros, sino por la predicación de Cristo crucificado" (*Testimonios para los Ministros*, pág. 424).=

"Todo obrero que sigue el ejemplo de Cristo será preparado para recibir y usar el poder que Dios ha prometido a su Iglesia para la maduración de la mies de la tierra. Mañana tras mañana, cuando los heraldos del Evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración, él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios" (Los Hechos de los Apóstoles, pág. 46).



No Quedaron Sillas Vacías

JUNE TAYLOR

LA PROFUSION de buganvillas florecidas en el jardín del vecino de enfrente, y el aroma del pan dulce que se estaba cocinando en el horno, eran los únicos indicios de la cercanía de la Navidad. La pena que sentía en mi corazón se reflejaba en los lentos movimientos de mis dedos que se resistían a colocar los adornos en el árbol navideño. "Después de todo —me dije—, ¿para qué habrá comprado mi esposo este árbol? Me hace sentir mucho más la soledad".

El recuerdo de otras navidades, cuando un hijo entusiasta y dos hijas vivaces, con sus respectivos amigos, me ayudaban a decorar el árbol, a preparar las masitas y a envolver los regalos, intensificó mi tristeza. Los tres parecían dotados de la sorprendente capacidad de juntar condiscípulos que no tenían dónde pasar la Navidad, y tenían la misma sorprendente confianza en que mamá y papá proveerían un rincón para ellos y les darían la bienvenida.

Aunque algunas veces he experimentado una leve tendencia a sentirme mártir, como por ejemplo cuando una de mis hijas trajo a cuatro amigos y la otra a dos más, siempre he terminado gozando de la compañía de los jóvenes mucho más de lo que ellos podrían haber gozado de estar con nosotros. Nunca se quejaron, aunque el rincón que les pudimos ofrecer era sólo un lugarcito para tender la bolsa de dormir sobre la alfombra. Estaban dispuestos a ayudar en todo, apreciaban la comida casera y el buen tiempo que favorecía el proyecto de tener un picnic en la playa. Recuerdo sus rostros juveniles, sus pensativos ojos azules y sus traviesos ojos pardos. Pero los rizos rojos,

los largos y lacios cabellos rubios y las onduladas cabelleras castañas se esfumaron en los rincones de la habitación cuando obligué a mi cerebro a volver al silencioso momento presente.

"Después de todo, ¿qué tiene de malo un poco de soledad? —comencé a sermonearme—. Tú sabes que estás contenta de que tu hijo sea pastor y piloto, y que trabaje en la selva; bueno. . . por lo menos porque es pastor. Y ciertamente te sientes feliz porque tiene una esposa que lo apoya y un hijito que te alegra la vida. Pero —mi sermón continuó—, aún si pudieras, no querrías que retrocediera a los años de su infancia la vida de tu hija que es escritora, profesora y doctora recién recibida, ¿no es cierto? Bien, tal vez no, pero. . ."

En ese mismo momento mi mano tomó automáticamente el adorno destinado al extremo superior del árbol, y recordé el día cuando mi hija menor me ayudó a elegirlo. En ese instante se derrumbó mi estoicismo y las lágrimas cayeron sobre ese adorno. Como reflejada en esas brillantes gotas pude ver a mi hija tal cual la vimos la última vez, hacía un año, mientras la contemplábamos a través de la ventanilla del avión que se alejaba del aeropuerto de Queens-town, en Nueva Zelanda. Aunque estábamos contentos de que se hubiera casado con un buen joven pastor, las noticias acerca de su delicado estado de salud en los últimos meses nos tenían muy preocupados, sobre todo porque Australia está literalmente en las antípodas.

Pero después de orar por cada uno de los tres, coloqué firmemente el adorno en el arbolito, bajé de la silla y me puse a ordenar la casa. Al mismo tiempo hacía planes mentalmente para la cena de Navidad del día siguiente.

Habíamos invitado a la amiga de una de nuestras hijas para que viniera con sus padres. Hacía poco que se había bautizado y le estaba resultando difícil explicar su

June Taylor es secretaria de la Asociación General. Con su esposo regresaron recientemente a los Estados Unidos de la División Interamericana, donde trabajaron como misioneros durante 32 años.

nueva fe a sus padres. Después descubrimos a una pareja que por primera vez iba a pasar la Navidad sin sus hijos, de modo que también los invitamos.

Poco después, cuando se acercaba la hora de la cena, la casa tenía un aspecto acogedor y de la cocina provenían olores apetitosos. Sonó el teléfono. Cuando levanté el receptor oí la voz de mi esposo que decía: "Querida, lo que te voy a decir no te va a gustar, pero no sé qué hacer".

Me explicó que mientras trabajaba solo en la oficina (ese día era feriado), recibí una llamada telefónica de una mujer joven que necesitaba ayuda desesperadamente. Varios años antes había estudiado en el colegio adventista local, donde llegó a ser adventista por convicción, pero no de corazón. Después se escapó del hogar para casarse, y ahora se encontraba alejada de su familia. Tenía un bebé de tres semanas. Su esposo y su hermano estaban sin trabajo y el día anterior los habían echado del departamento donde vivían porque no podían pagar el alquiler. Los tres adultos y el bebé de tres semanas habían pasado la noche anterior en un banco de la plaza. Estaban exhaustos y hambrientos.

"No pude hacer otra cosa, querida, sino decirles que iría a buscarlos. Sería bueno que prepararas alimentos porque hace tres días que no comen" añadió, y colgó.

Casi en estado de "shock" me quedé con el auricular en el oído por más de un minuto. Tenía la cabeza hecha un torbellino mientras ponía a hervir agua para cocinar fideos. Algunos de mis pensamientos eran de temor. "¿Es seguro en estos días traer extraños a la casa?" pensé. Pero en ese momento vinieron a mi mente algunos versículos: "Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mat. 25: 45). "No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles" (Heb. 13: 2).

En ese momento escuché el ruido del motor del auto que entraba por el portón del garage y salí para abrir la puerta. Vi a una niña delgada y medio andrajosa que no tendría más de 18 años y que llevaba un hermoso bebé en los brazos.

Lo primero que me dijo fue: "¿Sabe usted preparar la 'papa' del bebé? Parece que no tengo más leche". ¡Qué bien!

Pero hice lo mejor que pude con lo que tenía en casa y pronto el bebé estaba mamando satisfecho el contenido de un biberón.

Cuando nos sentamos a comer, el montón de tallarines desapareció rápidamente. "Ud. es una buena cocinera" dijo el hermano de la chica, añadiendo que había sido ayudante de un cocinero en un hotel de turismo. Y mientras yo iba a la cocina para poner más tallarines en la fuente, me detuve un instante para oír que el flamante papá, que era bastante mayor que su esposa, se refería al tiempo que había estado en la cárcel. También mencionó que sus padres tenían un pequeño negocio en otra ciudad. Cuando volví a la mesa le pregunté si le gustaría hablar por teléfono con ellos, pero me contestó: "No, no quieren saber nada de mí desde que estuve en la cárcel".

Más tarde, cuando los inesperados huéspedes se bañaron y acostaron, mi esposo, dándose cuenta de que el problema era demasiado grande para nosotros, fue a la oficina y llamó al pastor de la iglesia a la cual asistíamos. Este le dijo que al día siguiente se pondría en contacto con una organización que se especializaba en atender estos casos.

Recién entonces nos dispusimos a dormir. No sé si fue falta de fe o si fue prudencia lo que me impulsó a cerrar con llave la puerta de nuestro dormitorio. Mucho después que mi esposo se durmió, yo seguía pensando, bien despierta, cómo poner en práctica las enseñanzas de Jesús en un mundo lleno de pecado y crimen.

En la mañana de la Navidad no había sillas vacías en la mesa. Nuestros tres huéspedes volvieron a comer con entusiasmo. Cuando el pastor vino para buscarlos, el esposo de la chica expresó su aprecio por los alimentos y la hospitalidad recibidos, y dijo que esto les había dado nuevo ánimo para enfrentar el futuro.

En la tarde de ese mismo día, durante la cena de Navidad, nos sentimos unidos con nuevos lazos de afecto con la otra pareja solitaria, y estrechamos la amistad que habíamos iniciado con los padres de la amiga de nuestra hija.

Cuando me arrodillé para orar aquella noche, me sorprendí al darme cuenta de que la temida Navidad solitaria había pasado, y de que no había tenido ni un solo minuto para compadecerme a mí misma. Las sillas vacías habían estado bien ocupadas.=

Testimonios para los Ministros

YA ESTA circulando la nueva edición de *Testimonios para los Ministros*, publicada por la Asociación Casa Editora Sudamericana, de Buenos Aires. Es una versión revisada que contiene, además, un marco histórico que permite comprender mejor estos mensajes del espíritu de profecía, y un apéndice con valiosas notas explicativas. Le recomendamos adquirirlo aunque tenga la anterior edición. Pida informes a la Sociedad de Publicaciones más cercana a su domicilio.

Cursos de lectura

EL PLAN ya está en marcha. La Asociación Ministerial de la División Sudamericana ya está enviando a los obreros inscriptos libros conseguidos con grandes descuentos. Anualmente se enviarán cinco libros de diferentes editoriales, además de los libros de interés para los obreros, publicados por Publicaciones Interamericanas y la Asociación Casa Editora Sudamericana. Por la adquisición de estos libros se recibirá la ayuda reglamentaria, aún cuando se venderán a un precio muy reducido. Si todavía no lo ha hecho, envíe su inscripción a la siguiente dirección:

ASOCIACION MINISTERIAL

División Sudamericana
Caixa Postal 07-1042
70.000 Brasilia — DF
Brasil

Seminario de extensión en Montemorelos

DURANTE junio y julio funcionó un seminario de extensión de la Universidad Andrews en la Universidad de Montemorelos. Enviaron obreros las uniones Antillana, Colombo-Venezolana y Mexicana. El Dr. Werner Vyhmeister, de la Universidad Andrews, dictó la materia: Historia de la Iglesia Primitiva.

El pastor Salim Japas, director de teología del Colegio de las Antillas, dictó la materia de Evangelismo.

El pastor Tulio Haylock y el Dr. Rafael Escandón dictaron la materia de Comunicaciones.

El Dr. Vyhmeister y el pastor Japas dictaron el "Seminario" de cuestiones especiales de misiones.

Tributo a un gran líder

EL 15 DE AGOSTO, después de 23 años de labor ininterrumpida en la Asociación General, el pastor E. E. Cleveland viajó al sur de los Estados Unidos para asumir su nueva responsabilidad como profesor de teología en nuestro Colegio de Oakwood. Interamérica tiene un recuerdo imborrable del pastor Cleveland por su gran campaña en Puerto España, Trinidad, y su participación en varios concilios ministeriales.

Felicitaciones a la Asociación del Sur de México

DURANTE los años 1975 y 1976 la Asociación del Sur de México ha sido el campo local que más almas ha ganado en el mundo. Felicitaciones a su presidente, pastor Jacob Saviñón, y a todos sus obreros y laicos.

Necesidad de unidad

UN PESCADOR encontró en los pantanos de Luisiana, Estados Unidos, una tortuga con dos cabezas. Un biólogo descubrió que cada cabeza dirigía la mitad del cuerpo, lo cual producía situaciones frustradoras. Una cabeza quería trabajar y la otra descansar. El resultado fue que la pobre tortuga pasaba casi todo el tiempo caminando en círculos.

Concilio de la Asociación Ministerial y de Evangelización

LA JUNTA de la División Interamericana aprobó que en conexión con la junta de mitad de año de 1978 tenga lugar un concilio consultivo de la Asociación Ministerial y de Evangelismo. Serán invitados todos los secretarios de las asociaciones ministeriales de esas uniones.

Gira por Venezuela

EL PASTOR Carlos E. Aeschlimann dictó un corto ciclo de reavivamiento en Valencia donde se bautizaron 30 almas. Durante un fin de semana en Maracaibo se bautizaron 15 preciosas almas.

Hombres de publicaciones en la Evangelización

EN SEPTIEMBRE los pastores Luis Ramírez, I. Benson y Raúl Rojas dictaron una campaña evangélica en Belice. De esa manera contribuyeron al gran movimiento evangelizador de la División Interamericana.

**Prepárese
para recibir**



500 páginas de inspiración

Nueva edición revisada que ahora incluye:

MARCO HISTORICO,

indispensable para la comprensión del texto y

APENDICE,

con importante información adicional.

Para quienes siempre se actualizan.